

# Los elotios

por Carlos Murciano

**L**os elotios nacen en las orillas de los ríos, tras romper, como suelen hacerlo los polluelos, su cascarón transparente. Quién deposita, en las zonas barrosas, a la profundidad suficiente para que nunca queden al descubierto, esos huevos verdosos que parecen llevar dentro una luz milagrera, es cosa que nadie ha podido todavía averiguar con certitud. Unos apuntan que es un ave llamada guilón, blanca por entero, a excepción de las alas, azules punteadas de oro, que habitó en tiempos lejanos en los fiordos noruegos, y que hoy vaga por nuestro planeta sin apenas dejarse ver; otros, que una especie de tortuga, la zitala, de ojos estrábicos y rojizo caparazón, hija de un encantamiento; otros, en fin, aseguran que esos huevos brotan por generación espontánea, y siempre al término de una primavera extremadamente lluviosa. Berto de Astrano, monje benedictino dado a prácticas de alquimia y experto en bebedizos de amor, dejó escrito haber tenido en sus manos uno de estos huevos, sacado a la superficie por un castor laborioso, empeñado en construir su dique en cierto riachuelo de la Bretaña.

Sea cual sea su origen, lo cierto es que los elotios llevan muchos siglos apareciendo y desapareciendo en los más dispares rincones de Europa, que jamás se supo de elotio alguno fuera de nuestro viejo continente. Apareciendo, desapareciendo y permaneciendo. Porque el elotio culmina su

vida errabunda cuando logra fundirse con la piedra. Muchas de las figuras que ornán los capiteles de tantos bellos claustros, tumbas labradas, gárgolas, pórticos de iglesias e incluso remates de púlpitos, no son sino elotios que cumplieron su destino.

Tengo razones para pensar que el gracioso semblante de uno de los grifos que decoran el sitial de la *Última Cena* que Andrea del Castagno pintara para el convento florentino de Santa Apolonia, es retrato de un elotio que el maestro alcanzara a vislumbrar durante su infancia, transcurrida en la ciudad de su apellido. Mas si en este punto tengo mis dudas, seguro estoy de haber descubierto dos elotios, allá por las tierras riojanas que baña el río Tuerto. Hablo del monasterio de Santa María de Cañas, y más concretamente del magnífico sepulcro de la abadesa fundadora, doña Urraca López de Haro, hija de don Lope y hermana de don Diego el Bueno. En uno de sus laterales se alinean, en ordenada fila procesional, frailes y mitrados; en el otro, monjas dolientes; pues bien, observadas con atención, ambas comitivas muestran a uno de sus miembros con el rostro vuelto hacia el que le sigue, y un gesto travieso, si no festivo, en sus rasgos alabastrinos. Esos son, fraile y monja, los elotios que digo.

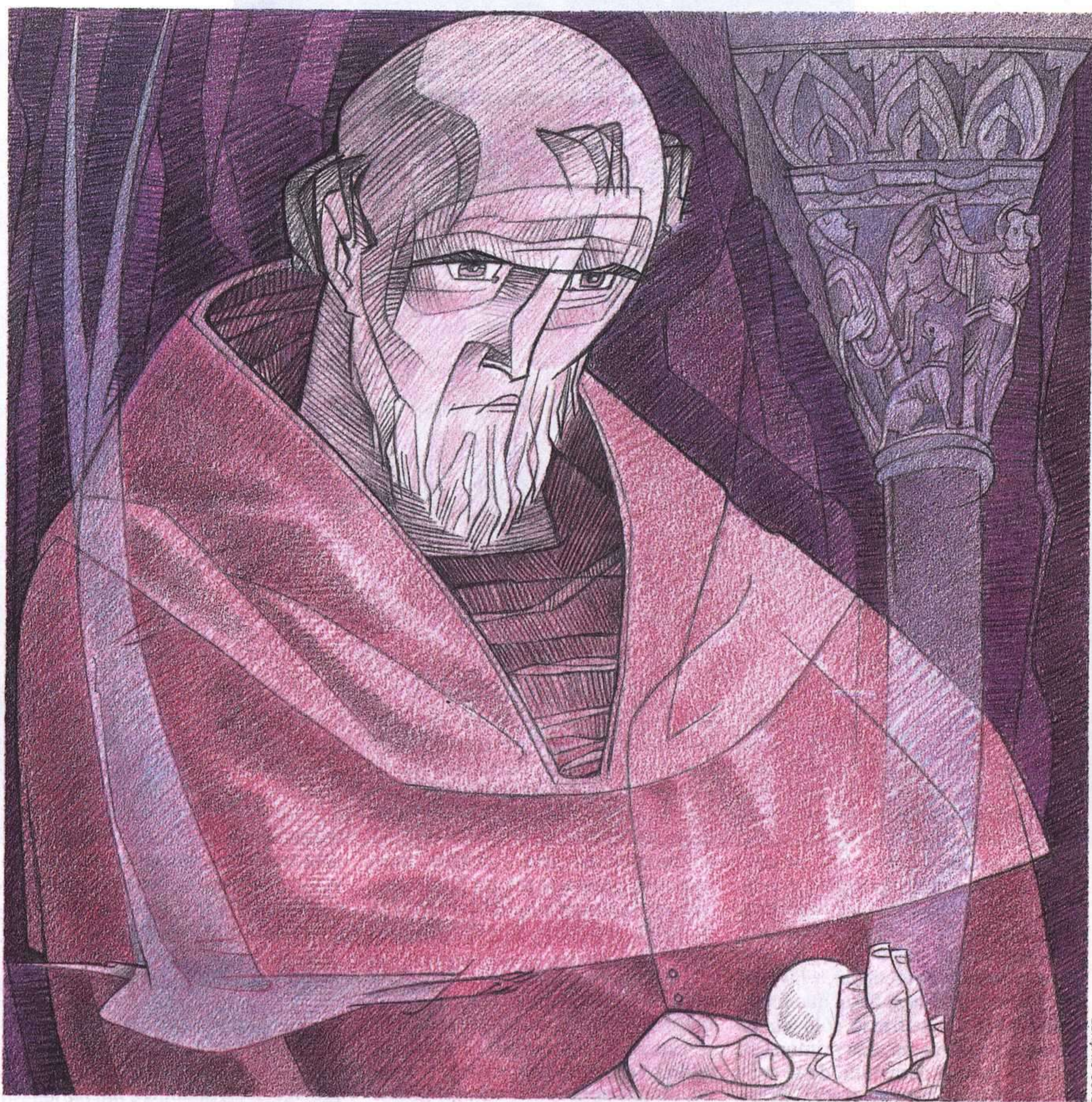
Mas conviene aclarar que, antes de rematar su andadura terrena e inmovilizarse para siempre, los elotios se entregan a un agitado vivir, a un ir y

venir infatigable, que algunos han comparado con el de los bhíos, pero que, a diferencia del de éstos, ni se lleva a cabo en grupos reducidos ni se ve interrumpido por el mar. Es más, si la vida de un bhío no tiene otra razón que la de caminar, la de un elotio discurre en función de hallar el sitio adecuado para su remanso definitivo. Slavo Radzei, investigador húngaro con quien conversé largamente acerca de este extremo, me reveló que una de las figuras sedentes del original retablo exterior de la iglesia de Bisjueces, en plena Merindad de Castilla la Vieja, es un elotio exigente que prolongó casi dos siglos sus andanzas en tanto decidía su sitio de quedar.

No se conoce con exactitud la estatura real media de los elotios, dada la dificultad que su transparencia crea al posible observador. Mi opinión, por lo que tengo estudiado, es que no suelen sobrepasar los cuarenta centímetros, si bien pueden adaptarse a formas mayores en su hora final. Al parecer, se alimentan de frutas verdes, nunca maduras, y eligen para dormir, cosa que hacen durante doce de las veinticuatro horas del día, los lugares húmedos que propiciaron su nacimiento; de ahí que prefieran desplazarse siguiendo el curso de los ríos, y rehuyan cruzar parajes áridos o azotados por la sequía.

Baldassare de Castiglione, conde mantuano, amigo de Rafael Sanzio—quien lo pintó con singular acierto— y del emperador Carlos V





PACO GIMÉNEZ.

—quien lo nombró obispo de Ávila—, confesó haber visto un elotio, en los días en que escribía su obra *Il Cortegiano*. Meditaba el conde en una esquina de su jardincillo, cuando, recostado contra un seto de boj, distinguió el perfil del pequeño ser, el cual, lejos de amedrentarse, se mantuvo expectante, contemplando con curioso interés a quien con no menos curiosidad lo contemplaba. No podemos saber la impresión que el elotio vino a

sacar del barbado aristócrata, mas sí la que éste sacó de su inesperado visitante. Según su testimonio, el elotio venía a ser como un hombruzuelo gelatinoso y grato de mirar, con brazos cortos y una especie de juboncillo esmeraldino, gastado por el uso; caminaba descalzo, y parecía silencioso y discreto, aunque más villano que gentil.

Esto ocurrió en 1513. Se había adelantado la primavera, y don Baldas-

sare se distrajo fugazmente mirando a un mirlo que trinaba con aparente desesperación, posado en la rama de un álamo. Cuando volvió la vista al seto, el elotio no estaba. Pero en el sitio que un instante antes ocupara, quedó una bolita oscura, que el buen conde tomó con recelo: olía a almizcle y era suave al tacto, como perla de Ceilán.